

§ XI. DISCRECION, SILENCIO.

Si se descubre un secreto, culpa es del que le ha confiado. (LA BRUYÈRE.)

El secreto más guardado es el que no se dice. (*Moralistas antiguos.*)

El que da cuenta á todo el mundo de sus asuntos, á menudo le saldrán mal; por todas partes encontrará obstáculos que procederán de las personas en quien más se confía. Un deseo conocido vale casi tanto como otro que ha fallado. Para salir bien en los negocios y empresas, no hay como guardar secreto. (BLANCHARD.)

El que quiera hablar bien, hable poco. (CRISTINA, reina de Suecia.)

Raras veces nos arrepentimos de hablar poco, muchas de hablar demasiado; esta máxima, aunque antigua y trivial, y que todo el mundo sabe, no todo el mundo la practica. (LA BRUYÈRE.)

Buen decidir, mal carácter. (PASCAL.)

Cuanto más se desprecia á los graciosos sin gracia, más parece que se reproduce esta especie de insectos. Un buen gracioso es raro, y es más extraordinario aun que el que haga reír, se haga querer. (LA BRUYÈRE.)

Si quereis que nunca se piense ni se diga mal de vosotros, no habléis jamás mal de nadie. (MADAMA DE LAMBERT.)

La maledicencia es cobarde y solo se ensaña contra los ausentes:

El que gusta escuchar la maledicencia puede contarse entre los maldicientes. (*Moralistas orientales.*)

El hablador.

Un hablador contó á uno de sus amigos una cosa que se le habia dicho en secreto, recomendándole que no dijera nada: « No tengais cuidado, le respondió el amigo, seré tan discreto como vos. »

Curiosidad indiscreta.

Estando en marcha para una expedición militar Guillermo, príncipe de Orange, y luego rey de Inglaterra, le rogó uno de sus generales le diera á conocer sus intenciones. En vez de responderle el príncipe, le preguntó si en caso de saberlo, se lo confiaría á alguien. « De ningún

1. Nació en 1650; rey de Inglaterra de 1688 á 1702.

modo, » contestó aquel jefe. « Pues bien, le dijo Guillermo, si teneis entereza para guardar un secreto, yo también la tengo como vos. »

Funestas consecuencias de la indiscrecion.

Un noble inglés, llamado Wilkins, habia sido desterrado á la isla de Jersey ¹.

Antes de marchar al lugar de su destierro, rogó á uno de sus amigos se encargara de la educación de su hijo único. Habiendo muerto poco despues Gervasio, que así se llamaba su amigo, se dició Wilkins á ir á Londres secretamente para arreglar sus asuntos y llevarse á su hijo. Otro de sus amigos le ofreció su casa y Wilkins fué á ella sin ser conocido. Despachados sus negocios, se disponia á partir al día siguiente y se felicitaba ya con su amigo del buen éxito de su viaje, cuando entró en la casa un jóven duque, y mirando atentamente á Wilkins, le reconoció. Wilkins le pide por favor guarde el secreto; prométeselo el duque, quien despues de conversar un rato, sale... A los pocos pasos encuentra un amigo que le pide noticias... El secreto es un peso para el duque y quiere dividirlo en dos partes... Falta al deber más esencial de la sociedad... El amigo del duque era uno de los enemigos más encarnizados de Wilkins, y aprovechando la ocasión, le denunció enseguida. Prenden á Wilkins y á su generoso protector. Wilkins fué condenado á prisión perpétua y su amigo á dos años. Tal desgracia causó la indiscrecion de un jóven atolondrado.

Bello ejemplo dado por todo un pueblo.

Hallándose en guerra los atenienses con Filipo, rey de Macedonia ², apresaron un correo que llevaba cartas en-

1. Jersey es una isla inglesa situada en la Mancha.

2. Murió en 336 ántes de J. C.; fué

hábil político y soldado famoso; tuvo por hijo á Alejandro el Grande, conquistador de Asia.

viadas por este príncipe. Tomaron las cartas que éste dirigía á sus ministros y generales y las leyeron, pero respetaron las que dirigía á su esposa Olimpia y las remitieron á la reina todas selladas, dando de este modo un noble ejemplo del respeto que se debe guardar á los secretos de familia, y los miramientos que nos imponen el honor y la discrecion aun para con nuestros enemigos.

Las chanzas insulsas.

Un orador griego que salpicaba siempre sus discursos con dicharachos y anecdotillas, parecia no tener otro objeto que el de divertir á sus oyentes. « ¿No temeis, le dijo un hombre sensato, que despues de haberse reido de vuestros dichos concluyan por reirse de vos mismo? Quien tanto se afana por divertir á los demas, tarde ó temprano cae él mismo en ridículo. »

Sully habia dejado la corte despues de la muerte de Enrique IV, pero algunos años despues le llamó Luis XIII para pedirle varios consejos. Los cortesanos quisieron ridiculizar con bromas de mal gusto el traje y las maneras anticuadas del viejo amigo de Enrique IV. « Señor, dijo entónces el duque, cuando el rey vuestro padre me concedia el honor de consultarme, solo hablábamos de negocios despues de hacer pasar á la antesala á los farsantes y bufones. »

El mariscal de Luxemburgo respondió tambien con gracia y nobleza á las bromas del rey Guillermo. El mariscal, vencedor por tres veces del rey de Inglaterra en Fleurus, Steinkerque y en Nerwinde, era jorobado, y supo un dia que aquel príncipe se burlaba de este defecto. « ¿Cómo sabe que soy jorobado, dijo con mucho donaire, si jamas me ha visto las espaldas? »

La murmuracion.

Dice un poeta que « el mal que se dice de otro no produce mas que males; » lo cual no impide, sin embargo, que

la murmuracion siga su curso empleando toda clase de astucias para disfrazarse.

Los murmuradores, sin calcular precisamente el peso de sus palabras, conocen como por instinto el daño que pueden hacer, y con el vago presentimiento del perjuicio que contienen, recurren á toda clase de precauciones para atenuar su efecto.

Ora se refiere una aventura *á que no se da crédito*, ora se habla con misterio de alguna fechoría, que se desliza al oido por decirlo así y bajo la condicion especial de guardar secreto, ora se hace el panegirista á fin de poder ser censor, y así, ántes de hablar de un vicio, se cuida de demostrar una virtud. « ¡Válgame Dios, qué lástima! ¡una persona tan buena, tan estimada de todo el mundo! pero, ¿qué quiere V.? nadie es perfecto y ella tiene el defecto... » Aquí llega el defecto y de ordinario detallado minuciosamente. Si respecto al bien fué conciso el murmurador, es prolijo en el mal. « ¿Sabe V. lo que me acaban de decir? Si no lo puedo creer; este mundo es tan perverso que de lo malo que se cuenta debemos creer la mitad... » Y sin embargo, se relata esta historia que no se cree segun se dice. « Es preciso que le diga á V. lo que acabo de ver, pero le ruego á V. que no hable de ello una palabra; yo no quiero hacer daño á nadie, y Dios sabe que no se lo diria á nadie sino á V. Por tanto le suplico que guarde el mayor secreto... » ¡El secreto! ¿con qué derecho se pide cuando no se observa?

No demos oido nunca á personas semejantes, desprecie-mos la murmuracion, sobre todo cuando va contra nuestros amigos, é imitemos á Platon, á quien dijeron que Jenofonte habia hablado mal de él. « No lo creo, » contestó, y aunque insistieron no por eso cedió. Ofrecieronle probárselo y replicó: « No; es imposible que no me quiera ese hombre cuando yo le tengo tanto cariño. »

Rechacemos, pues, la maledicencia; respetemos no solo la reputacion de los vivos sino hasta la memoria de los muertos. Hablábese, en cierta ocasion, en presencia de lord

Saint-John¹ de la avaricia de que se había acusado al célebre Marlborough², y se citaban rasgos sobre los cuales se pedía el testimonio de lord Saint-John, que había sido su enemigo : « Era tan grande hombre, contestó, que he olvidado si tenía defectos. »

§ XII. ORDEN, ECONOMÍA, PREVISION.

Si quereis ser ricos, no aprendais solamente el modo de ganar; sabed tambien cómo se ahorra :

Tres ventajas tiene el orden : ayuda á la memoria, economiza el tiempo y conserva las cosas :

Sin economía no hay grandes riquezas ; con ella no las hay pequeñas :

Una cosa inútil es siempre muy cara aunque haya costado poco :

Quien no tiene mania de comprar, tiene una renta :

Cuidad de no perder las monedas pequeñas de plata, porque las de oro se guardarán por sí mismas. (*Autores varios.*)

Mientras sois jóvenes y fuertes, ahorrad para la ancianidad y las enfermedades. (*Moral popular.*)

Los dos pródigos.

Gastando con exceso, nos atraemos las burlas de los que creemos deslumbrar y arruinándonos hacemos que se rían de nosotros. Dos pródigos disputaban sobre quién de los dos gastaría mas desatinadamente, y una persona sensata que les oyó, dijo : « Me parece que se hacen cumplidos á la puerta del hospital, invitándose mutuamente á entrar el primero. »

Las dos bugías.

Un hijo preguntaba á su padre, que había llegado á ser muy rico : « ¿Cómo habeis hecho, padre, para reunir tanta

1. Hombre de Estado inglés, que vivía á principio del siglo XVIII.

2. Juan Churchill, duque de Marlborough, célebre general inglés; falleció en 1722.

fortuna? A mí, á pesar de lo que me habeis dado al casarme, me cuesta trabajo llegar de un año á otro. » — « Es muy fácil, contestó su padre apagando una de las dos bugías que los alumbraban ; no hay mas que contentarse con lo necesario y no encender sino una bugía cuando no se necesitan dos. »

El alfiler.

Toda la ambicion de Laffitte¹ cuando llegó á Paris en 1788, se cifraba en conseguir un modesto empleo en una casa de banca. Presentóse en casa de Perregaux, rico banquero, y el jóven forastero, tímido, pobre y turbado, fué introducido en el gabinete de dicho señor y le manifestó sus deseos. « No me es posible admitirle á V., al ménos por ahora, dijo Perregaux ; todos los empleos están ocupados. Mas tarde, si necesito alguno, pensaré en V., pero le aconsejo que busque en otra parte, porque no creo que haya plaza vacante en mucho tiempo. »

Despedido así, el pretendiente saludó y se retiró. Al pasar por el patio, triste y cabizbajo, vió un alfiler en el suelo, le cogió y le clavó en la solapa de su levita. Muy léjos estaba de creer que aquella accion maquina había de decidir de su porvenir.

Perregaux, que estaba de pié al lado de la ventana de su gabinete, había seguido con la vista al jóven ; el banquero era uno de esos observadores que conocen el valor de las cosas mas ínfimas y juzgan del carácter de los hombres por esos detalles fútiles en apariencia y sin consecuencias para el vulgo. Había visto recoger el alfiler, y aquel rasgo le agradó ; tan sencillo movimiento le revelaba todo un carácter, pues era una garantía de orden y economía.

Aquella misma noche recibió Laffitte una carta de Perregaux en que le decía : « Un empleo espera á V. en mis oficinas ; puede venir á desempeñarle desde mañana. »

1. Célebre banquero y hombre político. Nació en Bayona en 1767, y murió en Paris en 1844.